

## El Calvario de Zola

---

### I

El año nos ha dado con la muerte de Daudet un adiós muy triste.

Le sacaron de su casa entre coronas salpicadas de lágrimas. Eximios cantantes de ópera le cantaron en la iglesia la «Rose des morts», la «Solicitude», el «Sanctus», el «Pie Jesu», el «Libera.» Luego se puso en marcha el cortejo fúnebre con los Zola, Fouquier, Drumont, Henry Houssaye, de Vogüe, Marcel Prévost, Clemenceau, Lepelletier, Baüer, Rochefort, Lemaitre, la Academia de Goncourt, S. Mallarme, Forain, Armand Silvestre, Catulle Mendes, Carolus Durant, Flammarion, Aurelian Scholl, Sarah Bernhardt, Jean Lorrain, Anatalole France, Francois Coppée, Victorien Sardou, André Theuriet, Grosclaude... y otros, y otros; toda la gloria científica, literaria y artística de Francia; y en seguida el pueblo de amigos y admiradores, y casi todo el París intelectual.

Al pie de la tumba, Zola rompió á hablar entre lágrimas y sollozos.

Contábanse por miles los que habíamos espe-



ZOLA Á LOS 50 AÑOS

rado al gran muerto en el Père Lachaise, de pie en las mesetas del cementerio, bajo un cielo espantosamente triste, helados hasta los huesos, por

un aire implacable; y cuando los carros cargados de espléndidas coronas desembocaron en la grande avenida del pueblo fúnebre, emprendimos á través de las tumbas una carrera loca, animados todos por la esperanza de oír algo del adiós que diese Zola á su amigo y compañero.

Pero Zola tenía un nudo en la garganta. La muerte de Daudet, aunque esperada hace tiempo por todos cuantos le veían agonizar poco á poco, ensombreció de penas el corazón del gran hermano en la familia literaria de los Flaubert, Maupassant, Daudet, Goncourt, Zola. Y como si no fuese bastante doloroso el recuerdo de que él, Zola, se quedaba solo en el mundo, silbaronle é increparonle cuando pasó con el muerto por el boulevard Saint-Germain unos cuantos burros desalmados, inconscientes instrumentos de la campaña antisemita que sirve de pantalla á tantas cosas, entre otras á la envidia literaria que el cerebro de Zola inspira á los Rochefort y Dumont... «¡Abajo Zola!»... «¡Abajo Dreyfus!»... gritaron aquellos beduinos; y Zola, con la cabeza baja, con mucha tristeza en el alma y con todos los nervios en desordenado galope, cuando llegó al pie de la sepultura y quiso leer la cuartilla donde llevaba su discurso, no acertaba á ver á través de las lágrimas que le subieron á los ojos y que fueron cayendo silenciosamente sobre el papel...

«...¡Que duerma, en fin, su buen sueño de inmortal, bajo coronas y palmas, el escritor que trabajó tanto, el hombre que sufrió tanto, dos veces mi hermano por el genio y por el dolor!» Y siguió llorando...

—«Por aquí, por aquí»—le decía una señora, la suya, que le guiaba como si fuese un niño á través de aquel laberinto de carne humana. Y cuando aparecieron juntos, cogidos de las manos, á la salida del cementerio, miles de personas le fueron siguiendo hasta el coche, y todas las voces susurraron un mismo nombre: Zola... Zola... Zola...

Entonces levanté á mi muchachito, y enseñándole el hombre que pasaba, le dije:

—Mírale bien. Es Zola.

## II

Había que ver el gesto en la Audiencia y en la calle: Rochefort, con ademán provocador, pasando por delante de Zola, arrastrándole el ala con la donosura del gallo de Morón; Zola, olvidado de todo, con los lentes clavados en montones de telegramas que iba recibiendo de Europa y América; el público de diplomáticos, sabios, literatos, periodistas, autoridades, congestionado y convulso, revolviéndose con contorsiones de epiléptico; llenando toda la Audiencia el violento gesto de Labori, amenazador como una tempestad preñada de verdades; y llenando la enlodada calle el piafar de una multitud clamorosa é inconsciente como todas las multitudes. Aquí madama Severine saluda á Zola; allá un cochero gordo abraza á Rochefort, que pone mala cara; y en todas partes

mézclanse vivas y mueras, exclamaciones de afecto y vociferaciones de odio.

Salieron juntos. El joven abogado iba como amparado con su cuerpo de acero la dolorosa vejez del pensador. Pesados alientos le rozan la cara; airados puños le dirigen amenazas á través de las portezuelas del coche. Al llegar á la calle de Bourgogne, sepáranse el defensor y el defendido. Y uno de los periódicos más hostiles á Zola, *L'Echo de Paris*, vió lo que sigue:

«Zola quedó solo. A través del cristal del coche volví á ver su semblante macilento y contraído, sus ojos llenos de un desvario melancólico.»

Fué su única mirada á la sesión de ayer. Ni colérica ni indignada, ni altiva ni satisfecha; mirada de pensador triste, de artista taciturno, de poeta desilusionado, *su* mirada en fin...

Lo había dicho, como movido por un presentimiento.

«Para que mi triunfo sea completo, necesito que un insultador vaya detrás de mi carro.»

Y desde la primera audiencia del proceso va Rochefort detrás del coche de Zola.

¿Por qué va...? ¿Qué poderosa razón le mueve á salir, siendo él, según ha dicho tantas veces, esquivo á la exhibición de su persona?... ¿Por qué no imita la abstención del astuto Drumont?... Si el antiguo deportado á Nueva Caledonia, á donde fueron á animarle tantas voces de aliento, está convicto y confeso de haber hecho desbordar ayudando á Drumont, las corrientes de esa opinión pública que se revuelve airada contra Zola, llegando ayer á pedir su muerte, ¿por qué le sigue

como la sombra al cuerpo, ó como el verdugo al reo?... ¿Por qué entra después de él en la Audiencia, y por qué sale pisándole los zancajos?... ¿Qué espectáculo tan lastimoso es ese que nos da en las postrimerías de su vida pública el hasta ahora defensor de los oprimidos?...

En todos los artículos de Rochefort contra Zola, en los de ahora como en los de antes, un observador que sepa disecar el gesto, hallará siempre el germen de una odiosa enemistad literaria. No cuida de ocultarlo el mismo Rochefort, á veces arrebatado por la impetuosidad de su cólera. «¡Me revienta!—escribió cuando la muerte del autor de *Sapho*.—De algún tiempo á esta parte esquivaba yo el trato de Daudet por no tropezarme en su casa con Zola. La prosopopeya de ese escritor, que se cree el primero del mundo, me ataca los nervios.»

En el propio asunto Dreyfus no puede prescindir de atacar al literato mucho más que al hombre. A su juicio el literato es un quidam que ha plagiado unas Guías; y el hombre es un chillado, según lo atestiguan unos cuantos médicos amigos de Rochefort. Y después de criticar de todos modos la famosa acusación de Zola, publicada por *L'Aurore*, del duelista Clemenceau—á quien nadie insulta por su fraternidad con Zola,—ha terminado por decir que aquel documento no fué pensado ni escrito por el autor de los *Rougon*...

Y en el tormentoso paisaje de estas tardes de «bochorno» (aunque no estamos en verano) la cabeza de Rochefort se destaca netamente detrás de la de Zola; y cuando éste se abate bajo el chu-

basco de injurias y calumnias, la otra se yergue para recibir vitores por carambola. Juntas van, aunque distanciadas por la materia encefálica, que es tan distinta en ambas, y si la cabeza de Zola cayese al cesto de la guillotina, la cabeza de Rochefort sería la primera que se asomaría á verla.

En esta horrible conjunción de dos cabezas que se odian, la de Rochefort tuvo ayer tarde una decepción amarga. En lo más terrible de la jornada, cuando la cabeza de Rochefort asomóse radiante de alegría detrás de la pálida, pero no abatida cabeza de Zola, un lacayo entró con una soberbia cesta de hermosas flores que enviaba una marquesa. Y la multitud, que le dejó franco el paso, obligóle en seguida á volverse con las flores.

Porque no eran para la cabeza del redactor del *Intransigeant*... Eran para la cabeza del pensador de los *Rougon*...

La multitud es en todas partes algo así como un gran animal que pasa berreando sin darse cuenta de por qué berrea. Si la consigna es ¡muera!, la multitud berreará: ¡muera! Si la consigna es ¡viva!, la multitud berreará: ¡viva! Es un rebaño de carneros, que dan rugidos de león con las gargantas enronquecidas por el ajeno, por el aguardiente, por el brandy ó por la ginebra. El verdadero pueblo no vocea cuando se lo manda un ídolo, sino cuando se lo dicta la propia conciencia. El verdadero pueblo no va en manada á bailar al son que le tocan. Las turbas que rodean el Palacio de Justicia, desde las cinco de la mañana hasta las nueve de la noche, no son ver-



¡Y eso es lo que se llama opinión, *opinion pública!*...

Ayer, después de la sesión, una mujer apostrofaba á todo el mundo, diciendo:—¡Miserables! ¡Vendidos!

—¡Los miserables, los vendidos ¿quiénes son? —la preguntaron.

¡Y no supo qué decir!

En la alcaldía de San Sulpicio fueron detenidas tres mozas que recorrían el boulevard Saint-Germain á los gritos de:—¡Muera Zola! ¡Al agua Zola!

—No le queremos mal—dijeron al ser detenidas.—Hemos estado en un café concierto con unos estudiantes, y ahora seguimos la «juerga» voceando contra Zola. Pero igual nos da vitorearle que insultarle.

—¡La pieza secreta!—gritaban dos tipos en el boulevard Sebastopol.—¿Quién no quiere ver la pieza secreta? ¿Quién no tiene su pieza secreta?

Atropellándose las turbas por acercarse á los dos compradores, y mientras uno de ellos enseñaba un adefesio, el otro compadre, aprovechando el recogimiento de la multitud, iba limpiándola de relojes y portamonedas.

¡La multitud, la hermosa multitud que quiere imponer sus berridos y rebuznos!... Si saliera del Palacio de Justicia un cónsul como el que salió del directorio, la bravucona multitud volvería mansamente al redil, delante de la vara de fresno con que el nuevo cónsul fuese marcando su imperativo «¡arre!» «¡arre!»

## III

Un periódico importante, por representar las ideas monárquicas, *Le Soleil*, mal enojado con los pensadores extranjeros que felicitan á Zola y con los corresponsales de la prensa europea que le aplauden en la vista del proceso, ha dicho fieramente:

—¿Qué les importa nuestras cosas? ¿Con qué derecho se meten en nuestros asuntos? ¿No podemos hacer lo que nos da la gana en nuestra casa?

*Le Soleil* olvida que podría preguntarse á estos periódicos, principiando por el mismo *Soleil*, con qué derecho se entrometen en los asuntos de Europa. España, por ejemplo, que generalmente trata á Francia con afecto y admiración, podría preguntar al *Soleil* y á los demás periódicos parisienes, con qué derecho vienen ocupándose de la cuestión de Cuba, desde que empezó la guerra, del asunto de Montjuich, etc., etc., en artículos que, por regla general, no dicen bien de España. Si por amor á la humanidad, según escribieron *La Libre Parole*, *l'Intransigeant*, *l'Echo de Paris*, *Gil Blas*, etc., éstos y otros periódicos creyéronse obligados á defender á Gana (el víctima de Monjuich), por el mismo amor á la humanidad, aparte de otras consideraciones respetables, los periódicos

españoles créense obligados á protestar contra los gritos de: ¡Muera Zola! ¡Al agua Zola!

Por otra parte, si París es la *ville lumière*, el «cerebro de la humanidad», el «escenario del mundo» y otras maravillas que la fama reza, parece natural que la prensa europea tenga en París representantes que la informen imparcialmente de lo que piensa el cerebro de la humanidad, de las figuras que se mueven en el escenario del mundo y de los chorros de luz que despiden la *ville lumière*.

El *chauvinisme* francés, como el *jingoisismo* yankee, es una calamidad pública que arrastra al *Soleil* á aislar á París por medio de otra muralla de la China, como arrastró al *Jour*, cuando lo redactaba Charles Laurent, á pedir el anatema para todos los extranjeros, á cuyo concurso, principalmente, débese que París sea el escenario del mundo y que Francia sea una nación rica.

No sé á punto fijo lo que hayan sentido mis compañeros; pero de mí puedo decir que con verdadero dolor de alma he leído cosas como esta del *Intransigent*:

«Mr. Zola, amparado por algunos policías, dirígese hacia la salida del boulevard du Palais. La multitud, que ha conseguido romper el cordón de guardias, le sigue injuriándole. Zola, macilento, desfallecido, casi es arrastrado por el abogado Labori para que pueda franquear la verja. De todas partes surgen terribles gritos de ¡*Compuez Zola!* La policía carga para dispersar á los manifestantes. La multitud quiere acercarse á Zola, enseñándole los puños. Un hombre avanza, le

pone el puño en la nariz, y le grita: ¡*Crapuloso!* ¡*Miserable!* ¡*A muerte!* Y la multitud repite: ¡*A muerte!* ¡*Al agua!*...»

Y yo he leído estas cosas y he visto parecidas escenas con profunda pesadumbre, no por Zola, ciertamente, sino por Francia, por la redentora misión de Francia en Europa, por el derrumbamiento de la confianza que todos teníamos en que París era el último baluarte de la libertad, el asilo del pensamiento humano, el arca santa donde podían guarecerse todos los proscritos del planeta, el París ensalzado por Zola, sobre todas las cosas de este mundo, en el último folletín con que remató su obra en el *Journal*, el mismo día, precisamente, en que París le gritaba: ¡*Crapuloso!* ¡*Miserable!* ¡*Al agua!*... ¡Dónde ir ya á reposar de las angustias del pensamiento perseguido? ¿Dónde á respirar el «gran aire» del Barrio Latino? La humanidad está de luto. Porque París ha muerto. Los soldados de Moltke que invadieron la plaza de la Concordia, no profanaron á París tanto como lo ha profanado esa multitud que asalta el palacio de Justicia pidiendo la muerte de un gran hombre que no piensa ni siente como el vulgo. Y yo me explico la tristeza de los extranjeros que aman á Francia, la tristeza de muchos franceses á quienes avergüenza la monstruosidad de este espectáculo sin ejemplo en la historia. ¡Ah, sí, ha muerto todo cuanto amábamos, y la verdadera imagen de París es la de una madre hollada por la soldadesca!...

Zola, en este caso, es la encarnación del espíritu francés de otros tiempos; del espíritu de los

Voltaire, Beaumarchais, Renán, sobre todo de Renán, cuyo pensamiento pugnaba con las tradiciones de la patria.

Con muy buen juicio, Barrés ha analizado el caso de Zola.

«Si Francia es el medio donde Zola ha conquistado su inmensa fama literaria, no es menos cierto que Zola ha vivido en constante lucha con el público. No se ha adaptado á nuestro medio. *No piensa como nosotros*. Nos contraria constantemente. Ha podido sentirse como un paria en nuestro país. Pocos hombres han sido tan vilipendiados por la prensa y por los salones. La Academia le ha preterido por literatos inferiores á él. *La débácle*, en cuya novela narra (desde un punto de vista más humano que francés) la catástrofe del 70, hirió profundamente al elemento militar. Más de una vez ha tenido que sufrir la hostilidad del militarismo, expresada de modo inadmisibile para un escritor...»

Todo esto es cierto, rigurosamente exacto. El cerebro de Zola no es francés—como tampoco ruso—sino cosmopolita, y su misma figura no es francesa. La primera vez que le vi, en un banquete de «La Plume», me pareció una cabeza española ó italiana, con un color tan antifrancés, por lo malo, y con unos ojos tan antifranceses, por lo grandes, negros y profundos.

Pero no creo que esto sea motivo bastante para que le corten la cabeza á un hombre. Renán no pensaba en francés. Eliseo Reclus tampoco piensa en francés.

Pero este y otros pensadores entienden que

pueden pensar lo que quieran en el país de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad; y lo que ocurre á Zola ha venido á probar que, moralmente al menos, París es un Monjuich. Ya no hay derecho á llamarnos bárbaros inquisidores. ¡Todos somos unos!

Y así las cosas, por los suelos la cacareada libertad del pensamiento y la no menos cacareada inviolabilidad de la conciencia racional, resulta que el anarquista Etieyant lleva razón en resistirse á nombrar abogado defensor (siendo un mito el derecho de defensa), y en dedicarse á leer cualquier cosa, la *Raison passionnal* de Corognel, diciendo al que quiere oírle:

—Me importa un comino lo que hagan conmigo. Lo único que quiero es que me corten la cabeza.

#### IV

No puedo ni debo discutir el fallo que impuso á Zola un año de prisión y 3.000 francos de multa. París, la inmensa mayoría de París, lo ha aplaudido. Hay excepciones. Pero la impresión general es favorable á la sentencia.

¿En qué condiciones falló el Jurado? Van á decirlo por mí un periódico conservador y un periódico revolucionario.

Del *Matin*:

«Lavori quiere hablar... Pero las pasiones se



han desencadenado á tal punto, que los oficiales que habían invadido el local de la Audiencia gritan que *no quieren que hable más*. Zola les dice:— ¡*Canibales!*... Labori, amparado por la ley, intenta hablar. Los oficiales agitan sus kepis, gritando:— ¡*Abajo Zola!*... Suspéndese la audiencia... Léese el fallo... Una explosión de bravos y un formidable aullido (*sic*) acogen la sentencia. Miles de personas prorrumpen en gritos de:— ¡*Mueran los judíos!*... ¡*Abajo Zola!*... Es algo espantoso y lúgubre. Los amigos le estrechan en silencio la mano. A su saludo, la señora de Zola llora.»

De la *Petite République*:

«El Jurado no podía evitar el fallo condenatorio. Para escapar á las garras que le tenaceaban habria necesitado un alma sobrehumana. Sus miembros habian recibido amenazas de ruina y saqueo si absolvian á Zola, seductoras promesas si le condenaban. En gruesos caracteres de letra varios periódicos publicaban diariamente sus nombres, direcciones y oficios... Sus familias han sido visitadas por sacerdotes, hermanas, grandes damas y misteriosos señores, que les anunciaban la deserción completa de la clientela si el fallo era absolutorio. Los generales les han dicho: «Si absolvéis á Zola, mandaremos vuestros hijos al matadero.» El presidente Delegorgue les dijo: «No se trata aquí del interés de la justicia, sino de la salud del Estado.» M. de Boisdeffre les gritó: «Escoged entre los jefes del ejército y el acusado.»

Si, el fallo gusta extraordinariamente. La sentencia del jurado es la sentencia de Paris. A los antisemitas no les cabe el gozo en el pecho, y el

antisemitismo entraña muchas cosas. Amilcare Cipriani lo ha definido diciendo que es una forma militante de la burguesía clerical y cesariana ligada con los detritus de la nobleza en una acción

común contra la República. El mundo militar está satisfecho. En vano Gerault Richard ha dicho cruelmente: «En fin, el Estado Mayor tiene un boletín de victoria, lo que no le había ocurrido de cincuenta años á esta parte.» El mundo militar entiende que el fallo del Jurado destruye



ZOLA TOCANDO EL ARMONIUM  
(Dibujo de Desmoulin en *Paris Illustrée*.)

La *Debâcle* de Zola y su famoso ¡*J'accuse!*... El mundo clerical está igualmente satisfecho. «Los curas, dice la prensa, aplaudieron estrepitosamente la condena. Un sacerdote joven invectivó violentamente á un periodista que le indicó que se callase.» Para ellos el fallo del Jurado destruye las páginas de *Roma* y *Lourdes*. Los enemigos literarios de Zola, como Rochefort, baten palmas de júbilo. Drumont, sin embargo, no está completa-

mente satisfecho, y solicita del general Davout que borre á Zola de la lista de los miembros de la Legión de honor.

Después del fallo no se calmaron por completo las pasiones. «*De temps á outre, des clameurs penetraient lugubremen dans la salle—dice el Martin—ou l'on percevait ces mots: ¡A bas Zola! ¡MORT A ZOLA!*» La única persona que está verdaderamente triste es Labori. Porque él había dicho al Jurado:

—No condenéis á Emilio Zola, no le condenéis, señores del Jurado; vosotros sabéis bien que Zola es el honor de Francia.

(*On siffle. On hue. Des cannes heurtent le parquet en cadence*).

¿Y Zola? Mientras el Jurado delibera, el maestro lee maquinalmente en un libro cualquiera que encuentra en una mesa. Un amigo le da un panecillo, y Zola lo roe con el gesto de Luis XVI cuando le dieron melocotones en la Asamblea nacional que iba á condenarle á muerte. La señora Mirbeau va á estrecharle la mano. Madame Zola se niega á salir de la estancia y sigue llorando. La señora de Labori, una inglesa muy fina, pero dura como un acero, no sólo se niega á salir, sino que dice en voz alta:

—Si hay que dar golpes, ¡que vengan!...

París está tranquilo, sonriente. Muerto el perro—perdóneseme el simil!—se acabó la rabia. Condenado Zola, se acabó, al menos por ahora, la excitación de los espíritus. Ciertamente que queda la duda en muchísimas conciencias... Ciertamente que vibra en el espacio el ¡*Canibales!* del reo... Pero, en

fin; el muerto al hoyo, los vivos á divertirse. El comercio se quejaba de Zola. Parece que Zola tiene la culpa de que las importaciones en el mes de Enero hayan aumentado 13.199.000 francos y las exportaciones hayan disminuído 1.840.000 francos. Parece que Zola tiene también la culpa de que la matanza de animales haya disminuído un 5 por 100, causando á los fondistas un perjuicio de 20 á 25 por 100. Los viajeros ricos escaseaban. Culpa de Zola. El Carnaval hizo fiasco. Parece que Zola es el culpable de la desanimación.

Como se ve, todo esto es muy grave. ¡El comercio ante todo! Ya lo dijo ayer Lepelletier: «Sálvense los intereses del país y perezcan los principios y las ideas.» O de otro modo: sálvense los principios y perezcan las ideas.

¡Malhaya Zola, turbador de las habituales alegrías de París! Es la exclamación general. Todo el mundo quiere vivir tranquilo y con regalo. Para vivir así es preciso continuar en el carril de la vida, y Zola nos había descarrilado. Símbolo de la crisis nerviosa que atravesábamos es el señor Lervé, asiduo concurrente á las sesiones del proceso, el cual caballero salió de su casa en camisa, y subiéndose al tejado, empezó á gritar:

—¡*A bas Zola!*

Como era él quien estaba en peligro de venirse abajo, corrieron á evitar que no se cayese del nido.

Empresa difícil.

«Porque—dice el Figaro—*on le trouva á quatre pattes...*»